

ESTRUCTURA SOCIAL DE AMÉRICA LATINA: DE LAS CASTAS A LAS CLASES

CARLOS M. RAMA*

CUANDO se emplean para definir la América Latina cifras extraídas de la estadística que se han promediado entre los 200.000.000 de habitantes, si bien es cierto que ellas permiten caracterizar la región como uno de los típicos continentes subdesarrollados, se pierde de vista el perfil independiente y distinto de cada uno de los países, y termina incluso por empobrecerse la visión que recoge el estudioso.

Así por ejemplo, expresiones tan categóricas y estadísticamente exactas, como las que usara recientemente el escritor mexicano Carlos Fuentes, cuando afirma: "De los 200 millones de América Latina, 140 millones de ellos, trabajan casi como siervos, 70 millones se encuentran radiados de la economía monetaria, 100 millones son analfabetos, 100 millones sufren de enfermedades endémicas, ciento cuarenta millones están subalimentados", etc.¹

Estos promedios aritméticos, en ocasiones, derivan de situaciones económica y socialmente diferentes. La baja renta por habitante y por año, puede deberse en un país al atraso tecnológico, o al analfabetismo, y en otro en cambio responder a una fluctuación negativa de la moneda local frente a la moneda internacional fuerte, o mostrar una coyuntura financiera desfavorable como sucede a menudo en los países periféricos. Por otra parte, a fuerza de manejarse promedios, (que a menudo utilizan como equiparables estructuras no comparables), se tiende a olvidar que cuando América Latina alcanza los guarismos generales, como los señalados, esto implica automática-

* Profesor de la Universidad de Montevideo, Uruguay.

¹ También debiera tenerse en cuenta el caso de las sociedades primitivas contemporáneas sobre las cuales antropólogos o etnólogos han acumulado recientemente un material vasto e interesante.

mente la existencia de zonas donde esos mismos guarismos son vistos como metas casi inalcanzables, a tal punto es bajo su nivel económico, social y cultural.

Es necesario siempre recordar que la expresión América Latina es ante todo una concepción de tipo cultural, que hace referencia a un pasado histórico común, o muy similar, pues las distancias entre iberoamericanos y lusoamericanos no son demasiado pronunciadas, y un presente cultural vinculado directamente a sus fuentes ibéricas, itálicas y franceses, e incluso —en la mente de muchos de sus intelectuales— con un porvenir histórico común.

Lo que une la historia y la cultura superior oficial, desune la geografía, la raza, la economía, las ideas, y como resultado, la misma estructura social. Una comprensión adecuada entonces de las "veinte Américas Latinas" debe pasar necesariamente por el conocimiento de estos aspectos, de los cuales nos interesa destacar el correspondiente a la estructura de la sociedad. Efectivamente todas y cada una de las estructuras societarias latinoamericanas se pueden definir separadamente, como un resultado histórico en que confluyen las raíces más profundas de cada zona, y explican en definitiva su distinta personalidad, y actitudes, en el plano interno e internacional.

El estudio de la estructura social

El estudio de las estructuras sociales nacionales latinoamericanas, a cargo de sus economistas y sociólogos es relativamente reciente, pero ya se cuentan libros que reúnen un material considerable y aventuran teorías sugestivas sobre el mecanismo de los sectores socioeconómicos, la distribución de la población en urbana y rural, los índices de población activa, y particularmente sobre sus estratos sociales.

Obras sobre México, Argentina, Guatemala y Uruguay entre 1951 y 1960, han procurado definir ese camino.²

En otro plano han sido de gran utilidad las encuestas regionales, como las emprendidas por el Departamento de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana en los años 1950-1951 sobre clases medias, a pesar de su carácter impresionista y a menudo, incluso, mitológico. También los trabajos cumplidos por los centros católicos de investigación social bajo la dirección de sacerdotes belgas (FERES) en 1958-

² Nos referimos a José Iturriaga, *La estructura social y cultural de México*, Méx., FCE, 1951, Gino Germani, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, B.A., Raigal, 1955; Mario Monteforte Toledo, *Guatemala. Monografía sociológica*, México, UNAM, 1959, y Carlos M. Rama, *Las clases sociales en el Uruguay*, Montevideo, Nuestro Tiempo, 1960.

1961, y posteriormente la propiciada por el Centro Latinoamericano de Investigaciones Sociales de la UNESCO en Río de Janeiro, levantando muestras de estratificación en las ciudades de Buenos Aires, Río de Janeiro, Montevideo y Santiago de Chile (1960-1963). En general estos trabajos conciben las clases como agrupaciones de grupos ocupacionales, o aceptan literalmente el criterio de los antropólogos norteamericanos como Lloyd Warner.

Franceses como Morazé, Lambert, Bourriçaud, Chevalier y Bastide sobre el triángulo Brasil-Perú-México, o de los antropólogos norteamericanos como Adams, Wolf, Mintz y Wagley sobre la zona antillana, andina y el Brasil rural, colaboran en nuestro mejor conocimiento, y preparan las condiciones para el conocimiento científico del tema.³

Tipología de las clases sociales

Una tipología de las sociedades latinoamericanas contemporáneas implica obviamente una clasificación, por lo menos esquemática, de los pueblos de la región en grupos bastante diferenciados. Para su definición es necesario atender a los materiales emergentes de los estudios científicos hechos recientemente y asimismo las características de su dinamismo social, y hasta el conocimiento de su particular historia.

Como siempre sucede con cualquier tipología la inclusión de algunos países podría cuestionarse por estar en vías de rápida transformación y ser a menudo simultáneos los rasgos que les vinculan a dos de los grupos establecidos. En principio hemos dispuesto en cada grupo en primer término al país más caracterizado, y por orden decreciente de "intensidad" siguen los demás países. Por tanto, los últimos son aquellos que a nuestro parecer muestran más caracteres propios de una situación transitoria.

A nuestro parecer, y hechas esas salvedades, es posible distinguir los siguientes grandes grupos históricos, a saber:

1º) SOCIEDADES CON SISTEMA CASTA-CLASE, 33 millones de latinoamericanos.

2º) SOCIEDADES LATINOAMERICANAS TÍPICAS, 123 millones de latinoamericanos.

3º) SOCIEDADES SEMIDESARROLLADAS: 32 millones de latinoamericanos.

³ La bibliografía norteamericana resulta resumida de los anales del seminario de Stanford (1964), presentados por Charles Wagley en *Social Science Research on Latin America*, New York, Columbia Univ. Press, y los franceses de los anales correspondientes de los sucesivos coloquios de Bordeaux (1963), Toulouse (1964) y Paris (1965) organizados en el cuadro de sus respectivas universidades.

4º) SOCIEDADES EN UNA ETAPA REVOLUCIONARIA SOCIALISTA: 11 millones de latinoamericanos.

El *primero* de estos grupos corresponde a las estructuras más arcaicas de la región, que mantiene en forma relativamente fósil muchos de los elementos característicos de la vieja sociedad colonial surgida del contacto de los conquistadores ibéricos o franceses con las etnias indígenas o africanas. Incluso en algunos casos es posible percibir la conservación de instituciones que los indios poseían antes de la llegada de Colón, como es el caso de la "comunidad", o las que resultan de los sistemas de agricultura tradicional, y economía artesanal. Los países que integran este grupo son, a nuestro parecer, Guatemala, Ecuador, Haití, Honduras, Nicaragua, Perú, Panamá, El Salvador, Paraguay y la República Dominicana, que cubren casi totalmente América Central, la zona andina y las Antillas.⁴

En ellos predomina la población autóctona india (que casi siempre porcentualmente cubre más del 40% del total de habitantes), o de origen africano, lo que sucede particularmente en el caso de Haití.

La inmensa mayoría de la población (entre el 51% en Paraguay al 80% en Haití), vive de actividades definidas como primarias (agricultura, ganadería, etc.), y por tanto escasean las ciudades, o las existentes sólo excepcionalmente tienen las características metropolitanas. Demás está decir que las costumbres son tradicionales, la vida política tiene intensidad muy menguada.

El rasgo más importante del punto de vista de la estructura social, es la dualidad que en su interior presentan estas sociedades. Divididas por la lengua, las costumbres, y en definitiva, por la cultura, en todos sus aspectos conviven en cada país dos sociedades: una ampliamente mayoritaria, pero sin peso social y político constituida por los analfabetos campesinos, que hablan incluso lenguas no-europeas, y que forman una casta (sociológicamente hablando, en los términos que la definieron para los EE.UU. del Sur), y otra sociedad, ésta sí, dividida en las clases sociales típicas de la sociedad capitalista, que habita en las ciudades, y que representa el exponente de modernidad social nacional, culminada por una élite acaudalada y refinada.⁵

Las capas o estratos medios de estos grupos de países son invariablemente inferiores en tamaño al 15% de la población total, y su importancia política y social es prácticamente nula.

⁴ ¿Podrían asimilarse a este grupo sociedades coloniales que no han accedido a la independencia, como por ejemplo Puerto Rico?

⁵ Nos referimos a obras como J. Dollard, *Castle and class in a Southern Town*, New Haven, 1937 y G. Myrdal, *An american dilemma*, New York, 1944.

El segundo de estos grupos de países no es solamente el más típico de la hora actual del continente, por el número de sus integrantes, el 65% del total de latinoamericanos, sino porque sus índices por obvias razones aritméticas son los que se ajustan mejor a los valores generales regionales a que aludíamos al principio. En él se incluyen países de vida social, hoy particularmente dinámica, como México, Brasil, Venezuela, y Colombia. Las sociedades de estos países han superado incluso a veces en forma revolucionaria, como sucediera con México en 1910, la etapa de la sociedad arcaica de casta-clase, del grupo anterior, tienen hoy clases sociales abiertas, definidas en los conceptos admitidos por la sociedad contemporánea, con independencia de las barreras que determinan las razas y las culturas.

Es importante consignar que no falta por cierto la heterogeneidad social en estos países. Es el caso del Brasil, donde la región de la costa ha recibido un importante contingente de africanos, y en el interior subsisten los remanentes de la población india. También en una escala geográficamente más reducida, pero más resistente al cambio por el fenómeno del cantonalismo, el caso de Venezuela y Colombia, estados en cada uno de los cuales hay que distinguir diferentes "países" raciales, culturales, económicos y geográficos.

Como en el primer grupo, la mayoría de estos 123 millones de hombres son campesinos, incluidos muchos labradores que no han ingresado todavía en la economía de mercados, y viven en pequeñas parcelas que les procuran su sustentación, pero el crecimiento del sector secundario en los últimos años es marcadísimo. Alrededor de los centros industriales recientemente creados se nuclean los gérmenes de una clase obrera, e intereses comerciales, industriales y de los detentores de poder, que definen una suerte de burguesía nacional.

La situación de las capas medias es incipiente, en primer lugar por razones numéricas (oscilan entre el 15 y el 20% de la población), y su mismo reciente nacimiento; pero no ha faltado un experto en desarrollismo que vea en ellas uno de los grupos de más porvenir social, económico y político de toda la América Latina.⁶

El tercer grupo (Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica), corresponde genéricamente a lo que se ha llamado la "América blanca", es decir el territorio colonizado sistemáticamente por los europeos, donde la población indígena, que era muy escasa, ha sido exterminada o reducida a "reservas", y que no conserva grupos importantes de origen

⁶ Gino Germani ha demostrado (*Política y sociedad en una época de transición*, BA, 1962) que la hipótesis de Bert F. Hoselitz (*Economic Growth in Latin America*, Estocolmo, 1960) no se apoya en los hechos.

africano. Explicablemente la homogeneidad racial y cultural es la máxima de América Latina.

Es la zona latinoamericana culturalmente más adelantada, donde los índices de analfabetismo son más bajos, la urbanización (que es muy antigua), es predominante al punto que la población rural oscila entre 22% y el 35% de los habitantes, salvo en Costa Rica. Incluso las ciudades metropolitanas son dominantes, y la mayor parte de la población urbana tiende a residir en agrupaciones de más de un millón de habitantes.

Los sectores socioeconómicos dominantes son los secundarios y terciarios. Como la industrialización se inició generalmente a fines del siglo XIX, a la fecha sus efectos se han reflejado en la estructura social, y ésta vive hoy el crecimiento de los servicios públicos y privados. Explicablemente las clases medias, que suponen más del 20% de la población, siempre con la excepción de Costa Rica, son de tipo urbano.⁷

El régimen de opinión pública está difundido y este hecho se impone en términos políticos. Las clases medias (que en las capitales llegan a controlar hasta la mitad de la población), tienen un gran peso político y cultural. Los problemas sociales y de las opciones políticas utilizadas regularmente en estos países guardan estrecha relación con las usuales en Europa, de donde provienen casi siempre las pautas culturales más utilizadas.

Este grupo de países es el que presenta una conciencia nacional más afirmada, donde es más indudable la presencia de *pueblos-naciones*, y ese hecho por su misma antigüedad se ha visto reforzado o afirmado por la historia.

El último grupo de países está constituido por las sociedades actualmente en una etapa histórica revolucionaria, bajo un signo socialista.

El país más típico es obviamente Cuba, cuya revolución iniciada en 1959, y posteriormente evolucionada hacia el marxismo, implica la destrucción del sistema de inversiones extranjeras, pero también de las clases propietarias superiores cubanas. La aniquilación de los estratos superiores, en el caso de Bolivia —el segundo de los países del grupo— se aprecia en el sector de la gran minería del estaño, y de la gran propiedad territorial, así como en los sectores basados en el ejercicio del poder.⁸

⁷ El caso de Costa Rica es muy particular, por cuanto si bien es cierto que debe estar incluido en este grupo por su estructura social, y especialmente por la importancia de sus estratos intermedios, y homogeneidad cultural, social y étnica, es un país predominantemente rural.

⁸ Para Bolivia se aprecian movimientos contrarrevolucionarios, que corresponden a la reacción de los estratos sociales desplazados, aparte de una intervención exterior

El proceso de desestructuración del sistema de estratificación social prerrevolucionario (que les incluía en el primer grupo de países latino-americanos), es simultáneo de un proceso de estructuración de una nueva jerarquía social de estratos cuya misma novedad hace difícil hacer precisiones definitivas. Es evidente que junto al ascenso de ciertos grupos y ocupaciones, se puede apreciar un desarrollo cuantitativo de los tecnoburócratas, la intelligentsia, y particularmente del proletariado industrial.

Dinamismo de las estructuras sociales

Es admitido que América Latina, a pesar de la fama literaria de la *siesta*, vive momentos de un gran dinamismo, y la comprensión de sus estructuras sociales nacionales débese ver a la luz de una transformación rápida y constante.

A menudo estas transformaciones (o sus frustrados intentos), optan la forma de revoluciones violentas (México 1910, Guatemala 1944, Bolivia 1952, Cuba 1959), pero incluso en aquellos países que notoriamente no se han visto afectados por esos acontecimientos, se viven momentos dinámicos importantes.

En principio podría decirse que la tendencia general en el siglo XX es la liquidación del primer grupo de sociedades arcaicas de casta-clase. Es de ese grupo que han emergido en definitiva México, Bolivia y Cuba, como Brasil en una fecha reciente, y están hoy saliendo República Dominicana, Paraguay, etc. La Revolución Guatemalteca de 1944-1954 con su intentada reforma agraria, la "revolución de 1946" de Haití, las recientes guerrillas peruanas, muestran a esta zona como un sector de explosiones sociales.

Normalmente estos países ingresaban en su evolución en el segundo grupo (casos típicos México y Brasil entre 1910 y 1945), pero recientemente se plantea una salida socialista, la posibilidad de una reestructuración societaria de corte marxista, salteando la etapa capitalista.

Este último grupo de países, incluso compite como ideal societario ante las masas descontentas del grupo mayoritario de países típicamente subdesarrollados (Venezuela, Colombia, etc.), basándose en la heterogeneidad y la debilidad de una reciente estructura agraria abierta.

activa que procura restablecer la estructura social prerrevolucionaria, por lo cual el panorama boliviano no es de una claridad suficiente.

Podría reclamarse la inclusión en este grupo de México, país que efectivamente ha vivido hace medio siglo una efectiva revolución agraria, que en su momento quebró una arcaica estructura social, pero si bien es cierto que ese hecho explica el sector ejidatario, el país no tiene un signo socialista definitivo o dominante.

La situación es relativamente reciente, porque tradicionalmente, y apoyándose en los ideales de las clases medias urbanas, el modelo por excelencia de la América Latina era el conjunto de países de estructuras más modernas, como los que integran el cono sur americano y Costa Rica. Chile en la costa del Pacífico, Costa Rica en América Central y Argentina-Uruguay prácticamente en toda América Latina, contaban con una admiración explicable y estimulante. Si actualmente no tienen tanta atracción no es tanto por la competencia que pudieran hacerles ante las masas el ejemplo cubano, el dinamismo mexicano y brasileño, sino ante todo por su ya endémica crisis económica que se refleja en el mundo de las estructuras sociales.

Lo paradójico es que debiendo contar presumiblemente con el apoyo de los países europeos y USA, por complejas razones derivadas de la estructura de los mercados económicos protegidos, han sido librados a su suerte, en tanto sistemas competitivos cuentan con el auspicio, por ejemplo, de los países socialistas.

Conocida la relación entre una estructura de clases sociales abiertas, con clases medias nutridas, con las posibilidades de existencia de funcionamiento real de sistemas democrático-representativos, se comprende la importancia que a largo plazo tienen los fenómenos económicos de crisis.

La movilidad social vertical

En el plano nacional, local e incluso familiar, es interesante consignar la existencia de un constante movimiento ascensional dentro de las estructuras sociales latinoamericanas.

Esa movilidad tiene características diferentes según los grupos, e incluso afecta dentro de cada país modalidades particulares.

En general, sin embargo, casi siempre la movilidad horizontal o geográfica comporta una movilidad social vertical ascendente. Un indio de América Central o de los Andes, que abandona su "comunidad" para trasladarse a una hacienda o a un poblado mestizo; una familia del hambreiento noroeste brasileño que recorre miles de kilómetros para trabajar en las fábricas paulistas; o un paraguayo que emigra a la Argentina o al Uruguay, supone la existencia casi automática de ese mismo fenómeno.

Lo que en cambio parece no contar con el éxito que obtuviera en el siglo XIX es la migración trasatlántica. Ese movimiento prácticamente "creó" Argentina y Uruguay y pobló las provincias meridionales de Chile y Brasil, convirtiendo campesinos italianos, españoles,

franceses, etc. en medianos propietarios y, más a menudo, en integrantes de las capas medias urbanas. Salvo la Argentina entre 1945 y 1955, no ha habido una política regular inmigratoria en estas zonas, y las necesidades crecientes de mano de obra para la industria se han visto atendidas por la migración interna.

Al nivel de las familias hay asimismo, una movilidad digna de estudio. La creación de los nuevos centros industriales en países como Brasil, Colombia, México, Chile, ha obligado a la rápida creación de cargos de obreros, empleados, técnicos, etc. que se han reclutado casi siempre en las familias de los estratos inferiores. La misma extensión de las zonas pioneras donde se construyen constantemente nuevas ciudades, como en la selva peruana, la Patagonia argentina, o mejor todavía el Matto Grosso brasileño, y empresas nacionales como la fundación de Brasilia, habría que estudiarles bajo ese mismo ángulo.

Las revoluciones politicosociales, en la medida que eliminan estratos enteros de privilegiados, o simplemente de rivales políticos han obligado a una rapidísima movilidad. La vida individual de figuras relevantes de los actuales dirigentes sindicales, generales revolucionarios, cuadros políticos e intelectuales progresistas de países como México, Guatemala, Bolivia y Cuba, son elocuentísimas. La movilidad, en cambio, es explicablemente menor en los países más adelantados, donde no solamente el desarrollo industrial se cumplió hace varias generaciones, y por tanto hay situaciones relativamente cristalizadas, sino que por efecto de la crisis de coyuntura actual, hay una regresión en el mercado de trabajo, e incluso la liquidación de estratos de modestos integrantes de la vieja clase media tanto rural como urbana.

Educación, política, ejército e iglesia

Los grandes "asensores", al nivel individual para los grupos organizados, han sido y son en América Latina, los constituidos por la educación, el ejercicio del poder político, o la integración en sociedades parciales del tipo de las iglesias y el ejército.

Por la misma importancia cuantitativa del analfabetismo, para muchas de las sociedades latinoamericanas la posesión de conocimientos, incluso al nivel elemental de la lengua nacional del país, comporta el acceso de un *status* social relevante. En las "comunidades" de las montañas peruanas, los estudiosos han distinguido entre los indios, el grupo de los "cholos castellanizados", es decir aquellos que sin abandonar muchas de las costumbres indígenas tradicionales

son capaces, por su conocimiento de la lengua de cultura del país, de servir en su beneficio de intermediarios entre su pueblo y la economía nacional de mercado.

Los grandes progresos que en algunos países se han hecho recientemente en el dominio educacional, (México, Cuba, Colombia, etc.) tienen una inmediata repercusión en las estructuras sociales, su distribución, dinamismo, sean castas o clases.

La vida política, y el mero ejercicio del poder en todas sus formas, es también un factor principalísimo de ascenso social. Ya en los orígenes de los nuevos estados en la Revolución Independentista del siglo XIX, los generales victoriosos, a pesar, —en ciertas ocasiones— de su origen popular, se incorporaron de pleno derecho a las clases superiores, y la historia de las famosas "revoluciones" de la zona tiene muchos y más recientes ejemplos en ese terreno.

En general la oficialidad de los ejércitos profesionales latinoamericanos se recluta entre familias de las capas medias, o en sectores de la población estimados secundarios, (por ejemplo, entre quienes pertenecen a grupos culturales o étnicos menos prestigiosos que las oligarquías locales), y es explicable que su ascenso social se cumpla a menudo en forma violenta, quebrantando el *status* general nacional.

La combinación de una superior educación con los beneficios de la organización asegura el poder a las corporaciones más sólidas y antiguas de América Latina como son las iglesias o los ejércitos nacionales, a través de cuyos rangos ascienden a la cúspide de la sociedad a menudo gentes provenientes de estratos medios y populares.

El poder de ejércitos o iglesias no implica necesariamente en América Latina el ejercicio directo del poder, pues su capacidad de actuar como grupos de presión, les confiere un papel central en muchas sociedades, ahora respaldando un *status quo* político-social determinado.

El poder y la estructura de clases

Se han hecho referencias al poder como elemento de ascenso social, e implícitamente como fuerza reestructuradora de la sociedad latinoamericana, a través de las revoluciones. Pero incluso en las situaciones de equilibrio social el poder político, a través de las estructuras políticas normales, ejerce una enorme influencia para la definición de la vida de las clases.

En el caso de México entre las 400 empresas económicas principales vemos que un 24,85% de sus ingresos son provenientes de

las empresas estatales, superando al sector privado nacional con 19,04%. En países como el Uruguay el Estado proporciona la cuarta parte de todos los empleos de los sectores secundario y terciario.

Dada la precariedad de la economía y el escaso dinamismo del mercado de trabajo, empleados y obreros de estos países tienen una dependencia acentuada del presupuesto nacional, y explicablemente se interesan en su orientación y problemas. La idea tan difundida entre los estratos medios y populares de usar el Estado como una fuerza nacionalista o anti-imperialista, resulta una consecuencia, en buena parte de esos hechos.

Explicablemente el acceso a las funciones principales del gobierno ya sea a través de las formas regulares institucionales, ya por las violencias del "coup d'Etat", es una de las más rápidas formas de ascenso social.

Recientemente la aparición de grupos de presión organizados como los sindicatos, las asociaciones patronales, los estudiantes, las universidades, aparte de las citadas corporaciones clásicas del Ejército y la Iglesia, muestran la importancia del poder para las sociedades latinoamericanas. La redistribución del ingreso nacional adopta formas particulares nacionales, en definitiva de acuerdo al poderío controlado por este tipo de grupos, y se cristaliza en formas estructurales societarias.

De la crisis al desarrollo económico

En los últimos años se ha enfatizado prácticamente por todos los estudiosos sobre las relaciones de las estructuras económicas con la estructura social.

Las crisis económicas originadas por la restricción de los mercados de exportación, la inflación monetaria, o la deterioración de los términos de intercambio con los países industriales, han mostrado inmediatamente consecuencia en los planos societarios. En primer lugar reduciendo las posibilidades vitales en todas sus formas de las naciones latinoamericanas, pero asimismo creando problemas internos graves. Las luchas de clases, y la conciencia de clases se han visto incrementadas rápidamente por aquellos hechos.⁹

Las revoluciones sociales por un lado, o el desarrollo económico por otro, no solamente son opciones políticas destinadas a procurar una salida a esas situaciones coyunturales, (como también a las es-

⁹ Para el caso del Uruguay hemos observado que incluso en las épocas de escaso dinamismo se llega a la negación generalizada de la existencia de clases sociales, concepto al cual se vuelve en las crisis económicas (v. *ob. cit.*, cap. III, parágrafo I).

tructurales del tipo de los problemas demográficos, las consecuencias del latifundismo, etc.), sino que asimismo comportan decisiones sobre el porvenir de las estructuras sociales. La liquidación de sectores ocupacionales enteros y su sustitución por tecnoburócratas en los países revolucionarios, afecta las antiguas pirámides sociales, como también lo hacen medidas fiscales, reformas monetarias, formación de mercados regionales, políticas de vivienda, preconizadas por el desarrollismo.

A largo plazo sin embargo los hechos económico-sociales más decisivos siguen siendo la industrialización y la urbanización. El ascenso de un número ya mayoritario de países que viven altamente urbanizados, y el crecimiento de las cifras correspondientes al sector secundario, son los hechos recientemente más decisivos para alterar el cuadro de las estructuras sociales. Millares y millares de excampesinos hoy son obreros industriales, o escalan (ellos o sus hijos) los puestos de empleados, técnicos, etc. en ciudades engrosadas recientemente como Lima, Buenos Aires, Bogotá, São Paulo o México.

El aumento de la renta general, la posibilidad de mejores y regulares ingresos en los niveles populares, (como es típico de las ciudades industriales), sin embargo desanima los intentos de ascenso vertical ascendente individual, y ese hecho debe ser recordado para explicarse la situación de sociedades más consolidadas.

Los protagonistas de la estratificación

Decir que en Uruguay hay cinco clases, o en Haití dos castas, referirse a estratos medios, o a capas proletarias, para quienes no tienen conocimiento directo de América Latina siempre resulta equívoco por la tendencia a asimilar los términos a los esquemas conceptuales de la sociología europea, norteamericana, o incluso compararlos con modelos más lejanos.

Incluso dentro de la propia América Latina, dada su complejidad o diversidad, no dejan de ser útil algunas precisiones y particularmente perfilar los protagonistas como necesaria introducción al tema.

"Castas" por ejemplo, es una palabra que ya usaban durante el coloniaje los españoles para designar a los grupos resultantes del mestizaje entre los conquistadores y los pueblos de indios, o los grupos de africanos. Modernamente no tiene, ni puede tener el mismo significado que en la India, o incluso en el citado sur de los EE. UU., sino que hace referencia a sociedades duales, universos sociales en el seno de sociedades nacionales, diferenciadas por razones de cultura.

Un indio se hace *ladino* en Guatemala, cuando se acultura, cambiando de costumbres, aprendiendo el español, viviendo en poblados urbanos. Un "gros home" del campesinado *créole* haitiano, cuando ingresa en el conocimiento del francés, y se incorpora a las actividades urbanas.

En otro nivel recordemos que el típico burgués europeo es un industrial o banquero, pero esa figura es todavía rara en la mayoría de los países latinoamericanos, donde no existe, o por lo menos no cuenta con una tradición social regular.

Las sociedades latinoamericanas están culminadas casi siempre por élites refinadas, cuyos caudales considerables le han permitido mantener un nivel cultural elevado, incluso forjado en el contacto con los centros mundiales del arte o del pensamiento. Sus bases económicas, su antigüedad, y hasta su estilo de vida se asemejan en cierto sentido a la vieja aristocracia europea, (son por lo pronto latifundistas rurales oligarcas y endógamos). Pero no hay sin embargo forma de confundirles con un "landlord" inglés atentos a su comportamiento económico. No residen en sus predios, y de sus posesiones rurales, de que están ausentes, extraen rentas que invierten en las ciudades importantes, procurando vincularse en la banca, el foro, y la vida política.

En las capas intermedias, y en casi todos los países, se trata de sectores exclusivamente urbanos, y tiene una discutible importancia el mediano propietario, comerciante, modesto industrial) tan típicos de las grandes sociedades europeas. Incluso el artesano donde existe está en vías de desaparición, justamente frente al avance de la industrialización y de la sociedad moderna.

Los rangos de la clase media latinoamericana predominantemente están formados por empleados, funcionarios, técnicos, profesionales, etc., o sea la llamada nueva clase media. Estas gentes instruidas, activas, inquietas, a menudo disponiendo de un número limitado de posibilidades de trabajo, en buena parte dependen pecuniariamente de los presupuestos estatales. Su inseguridad económica, su inestabilidad, su mismo control de la incipiente opinión pública, determinan su activa y constante intervención en el mundo de las decisiones públicas, constituyendo partidos, o decidiendo estilos de vida política nacionales o regionales.

En las clases populares, y por lo menos en la mayoría de los países, son escasos los obreros fabriles al estilo de las zonas industriales clásicas. La clase baja está formada fundamentalmente por asalariados agricultores, *peones* campesinos, casi siempre de escaso nivel técnico, y que a través de distintas formas jurídicas de contratación trabajan los latifundios de propiedad de la clase superior.

Las distancias sociales entre estas dos clases, por lo menos en el primer grupo de países, están ampliadas, (y complicadas) por problemas raciales y culturales. No debemos olvidar que casi siempre indio o negro analfabeto en América Latina es sinónimo de peón agrícola asalariado.

Pero incluso por debajo de la clásica pirámide social, y ahora seguramente sin posibles paralelos con los países adelantados occidentales, América Latina tiene un porcentaje considerable de población marginal, gente al margen de la sociedad económica y política regular, casi siempre desocupada o semidesocupada, que habita poblaciones miserables e integran esa "geografía del hambre" de que se ha ocupado, por ejemplo, Josué de Castro.

Incluso ciudades populosas, cuentan cifras abultadas de esta población marginal, que constituye un lastre para la economía, un problema gravísimo hasta en el plano político, y un centro constante de fenómenos típicos de la desintegración social.

Sería posible comparar este estrato social, al que es difícil calificar de clase, con las poblaciones miserables de otros continentes del mundo subdesarrollado. Pero en ciertos puntos afecta ser la consecuencia de la rápida urbanización e industrialización. Al estilo de los *slums* o *bidonvilles* europeos, se trata de una reciente fuerza de trabajo proveniente de las zonas campesinas, y en definitiva una forma de la movilidad horizontal. Gentes salidas de las *comunidades* indígenas, o poblados miserables del interior, emigran hacia las capitales o ciudades importantes, trasplantando su miseria a los suburbios metropolitanos. Del vigor del mercado económico industrial depende su absorción en los cuadros regulares de la sociedad capitalista. La reiterada presencia de esos "cinturones de miseria", que con diversos nombres se conocen en América Latina, es tanto como una confesión de incapacidad socioeconómica de las sociedades correspondientes.

Conciencia de clases y conciencia nacional

No han faltado autores que negaran la existencia de las clases sociales latinoamericanas, en cuanto categorías históricas, por faltarles la suficiente conciencia de clase.

Del análisis precedente resulta claro que la toma de conciencia de clase, es particularmente difícil en países donde incluso falta a la fecha la conciencia nacional, y en el seno del territorio estatal se encuentran, sin integrarse sociedades diferentes divididas al estilo de castas.

Esa situación explicable en el primer grupo de países, no ha impedido la existencia de revoluciones históricas, en las cuales inferiores han insurgido contra superiores, como es el caso de México y Bolivia.

En toda América Latina, y no solamente en el primer grupo de países, es evidente que la clase, casta o élite superior, tiene un nivel elevado de conciencia de sí misma, que se refleja en su constante actuación como núcleo social organizado, en sus estructuras corporativas, en su estilo de vida, y hasta en su endogamia. En el caso de países como Haití, Colombia, Argentina o Perú, llegan a constituir verdaderas aristocracias oligárquicas, en el sentido técnico de la palabra.

Conspira sin embargo al establecimiento de una verdadera clase burguesa capitalista con conciencia de clase, y al mismo tiempo imbuida de conciencia nacional, el notorio hecho de la importancia de las inversiones extranjeras y el control económico que los países más adelantados tienen normalmente de esos países. Para tomar solamente un país que merecidamente tiene la reputación de haber alcanzado un satisfactorio grado de conciencia nacional, y nos referimos a México, sus economistas nos informan que por el año 1960 de los ingresos de las 400 mayores empresas mexicanas, el 54,06% correspondían a las empresas extranjeras.¹⁰

Débase sumar el hecho, también notorio, que muchos de estos países casi siempre monocultores, comercian con un solo mercado industrial, en la proporción del 50 al 80% de las transacciones de importación-exportación.

Estos fenómenos aunque analizados en el plano económico y cultural, no se han suficientemente estudiado en el mundo de la estratificación de la movilidad social.

Parece evidente, con referencia exclusivamente a las clases superiores, que estos hechos implican una reducción cuantitativa de sus efectivos locales posibles, y contribuyen a dificultarle su toma de conciencia nacional. En la práctica terminan por actuar al servicio de las empresas o intereses monopólicos extranjeros, y este hecho si bien es cierto que les da una conciencia de clase marcadísima frente al resto de la sociedad que integran, agravan las tensiones internas.

El funcionamiento de las empresas-sucursales extranjeras en los países latinoamericanos, por otra parte, si bien es cierto que facilita la ampliación de los cuadros medios de los países inversores, reduce

¹⁰ Corresponde a trabajos del economista mexicano José L. Carreña, citados por Pablo González Casanova, *La democracia en México*, Méx., Era, 1965, cap. VI.

explicablemente los correspondientes a la sociedad latinoamericana, y este hecho es también básico en la toma de conciencia nacional.

Finalmente en el caso de los amplios sectores de las clases populares, (obreros, mineros, campesinos) que reclutan en los países latinoamericanos las empresas extranjeras, la inevitable lucha de clases por mejoras laborales se dobla y amplifica con la oposición, incluso xenófoba, contra los capitalistas extranjeros.

Nacionalismo, anti-imperialismo, conciencia de clase, entonces se presentan en América Latina entremezclados en términos originales, aunque tal vez similares a países coloniales africanos y asiáticos.

Al producirse las revoluciones político-sociales del siglo XX, esto lleva a una complejidad social, pues aunque cumplidas por las masas populares, cuentan con el apoyo y simpatía de amplios sectores medios, y hasta superiores, que proveen de cuadros, propagandistas, intelectuales, a movimientos que se perfilan como resutaldo, a la vez nacionales y socializantes.

Prestigio profesional y expansión económica

Es excepcional el caso de la clase alta colombiana que surgida en la propiedad colonial de la tierra, se ha orientado recientemente hacia la industria, la banca, etc. La industrialización, siempre en el sector de las clases superiores, en muchos países está a cargo de nuevos grupos emergentes incluso inmigrantes, (por ejemplo en la industria textil los italianos, levantinos, etc.).

Este fenómeno se superpone al citado hecho de las inversiones de empresas económicas residentes en el extranjero, y en definitiva explica también las dificultades que encuentra la nacionalización e integración de estas sociedades.

Permite apreciar esta situación que la escala de prestigio de las profesiones estudiada comparativamente con los países europeos muestra la importancia que le acuerdan los latinoamericanos a las actividades profesionales universitarias, (medicina, abogacía, contable, etc.) y el desinterés, o menor consideración, que se tiene por las actividades comerciales e industriales. También el casi unánime reconocimiento que supone actividades como terrateniente o sacerdote.¹¹

También sucede que estas escalas particulares de prestigio denuncian situaciones estructurales al interior de las mismas sociedades. Débese recordar el caso de países como Argentina o la Cuba prerrevo-

¹¹ Aludimos a trabajos como los que ha animado en Brasil Bertram Hutchinson, y que se han extendido a Uruguay, Argentina, etcétera.

lucionaria, donde entre los empresarios son más los nacidos en el extranjero que hijos del país.

Si la tendencia general a largo plazo es que las escalas de prestigio se acomoden a las pautas de los países industriales adelantados, y asimismo que las clases superiores se nacionalizan constantemente, especialmente por la progresiva ampliación de actividades económicas, por mucho tiempo la sociología latinoamericana mostrará también en estos aspectos la singularidad de la estratificación latinoamericana.

Heterodoxia metodológica latinoamericana

La sociología comparativa muestra exhaustivamente que la estratificación latinoamericana posee caracteres originales, no puede ajustarse automáticamente a las pautas consagradas de la ciencia social académica, y que es a menudo prematuro adelantar hipótesis que no tienen fundamento en investigaciones empíricas.

A menudo la realización de esas investigaciones no es posible cumplirlas en los términos que resultan de la literatura internacional alusiva, con la adopción pasiva de modelos culturales diversos, o teorías forjadas sobre el conocimiento de sociedades diferentes.

No siempre la frecuentación de la heterodoxia es aceptada por los colegas profesionales de los países adelantados, y menos por sus adláteres locales cuya fuerza depende a menudo de situaciones burocráticas.

Por tales motivos es estimulante la opinión del profesor francés Jean Duvignaud, cerrando justamente un coloquio sobre las clases sociales en el mundo, cuando afirma: "El Tercer Mundo ofrece al espíritu un campo de investigación enorme que los sistemas del pensamiento europeo están muy lejos de haber recorrido. Esta efervescencia que agita las estructuras sociales; esta revolución permanente que agita toda sociedad incluso las más dormidas, mismo las menos aparentemente vivas y hasta las más burocratizadas; ese movimiento interno que puede tomar no importa qué forma y hasta transformar todas las estructuras, todo esto se expresa hoy en día bajo aspectos que no encuadran, es posible, con la "racionalidad" europea, y que nos obligan a nosotros a buscar modos de interpretación, y hasta conceptos operatorios inéditos".¹²

¹² Citado en pág. 226, Cahiers Internationaux de Sociologie, Vol. XXXIX, juillet-décembre 1965, París, del coloquio de Quebec sobre las clases sociales en el mundo actual.